

EL ANGELUS: LA ANUNCIACIÓN TRES VECES POR DÍA²

El *Angelus* a través de la historia

El ángel Gabriel fue enviado por Dios a una virgen llamada María (Lc 1,26-27). El día de la Anunciación, el 25 de marzo de cada año, celebramos la Encarnación del Señor en el seno de Nuestra Señora por obra del Espíritu Santo, y gracias a su consentimiento, obrado, también él, por el Espíritu Santo. Como en la fiesta de Navidad, nos ponemos de rodillas en el *Credo* durante el canto de las palabras: “Por obra del Espíritu Santo, se encarnó en la Virgen María y se hizo hombre”. Pero no solamente celebramos la Anunciación y la Encarnación una o dos veces por año: todos los días, incluso tres veces por día, rezamos el *Angelus* que es un compendio rezado del misterio del anuncio hecho a María. Es bueno vivificar esta excelente costumbre que nos encomienda a María por la mañana, al mediodía y por la tarde.

Costumbre relativamente reciente, si es verdad que la práctica de las tres *Ave María* no se remonta más allá del siglo XIII. La salutación angélica recién se desarrolló en esta época y el *Angelus* no puede ser anterior a ella. La práctica de la salutación marial de la tarde nació en los conventos: la orden de san Francisco parece haber tenido en esto un papel preponderante. En 1269, el capítulo general de Asís, celebrado por Buenaventura, establece “que en honor de la gloriosa Virgen, los Hermanos enseñen al pueblo a saludar algunas veces a la Bienaventurada Virgen cuando suene la campana de *Completas*”. El capítulo provincial de Padua, en 1305, decretó para la provincia de Venecia “que en todos los

¹ Antiguo abad de la Abadía benedictina de Kergonan, fue obispo de Mende (Lozère), Francia y actualmente es Arzobispo de Toulouse, Francia.

² El texto original en francés fue publicado en *La Vie Spirituelle*, n° 754, de septiembre de 2004. La presente traducción es de la Hna. M. E. Suárez, osb, de la Abadía Ntra. Sra. de la Esperanza, Rafaela, Santa Fe, Argentina.



conventos, por la tarde, se toque tres veces la campana, lentamente, en honor de la Virgen gloriosa y que entonces todos los Hermanos se arro-dillen y digan tres *Ave María*". Los Cartujos, los Benedictinos y los Cistercienses conocieron, antes de esta costumbre, la práctica de las "tres oraciones" que se recitaba tres veces por día: antes del oficio nocturno, antes de *prima* o *tercia*, después del oficio de *Completas*; se trataba de salmos, responsorios y oraciones propiamente dichas. En ese momento, por la tarde, el padre abad tenía que tocar una campana.

El desarrollo de la devoción mariana en el siglo XIII hizo pasar al primer plano la costumbre de las tres *Ave María*, y se comenzó a tocar tres veces tres toques para señalar la triple salutación angélica. Es posible que el repique de las campanas tal como lo practicamos al final de los triples toques, provenga del uso muy antiguo del toque de queda en las ciudades: la campana municipal tocaba un buen tiempo, a menudo un cuarto de hora; la mayoría de las veces las poblaciones no poseían otros campanarios, las campanas de la iglesia parroquial eran las que daban el toque de queda. Parece, entonces, que en su origen los toques y el repique han tenido un sentido diferente; da testimonio de ello esta indicación que data de 1331: «Poco después de la señal que se da para la salutación de Nuestra Señora, se tocará la campana llamada "campana de los bebedores", *campana bibitorum*, después de la cual está prohibido beber en las tabernas, que no deben permanecer abiertas». ¡No parece que esta última costumbre sobreviva en todas partes!

La *trina oratio* (la triple oración) aparece por la tarde, pero su uso es retomado muy pronto por la mañana; desde el siglo XIV, las campanas del Ave María de la aurora se difunden en toda la cristiandad. El repique del mediodía es mucho más tardío: a fines del siglo XIV se tocaban las campanas el viernes a la hora de nona o al mediodía (el *noon* inglés viene de la anticipación de nona al mediodía) para honrar la crucifixión y la muerte de Jesús. Como entonces se recitaban tres *Pater* y tres *Ave*, la asimilación al *Angelus* tenía que llegar más pronto o más tarde. Esto ya había sucedido a fines del siglo XV.

Cada uno de los toques del triple *Ave María* conservaba un sentido particular: por la tarde, la memoria de la Encarnación; por la mañana, el pensamiento de la Resurrección; al mediodía, la conmemoración de la Pasión. He aquí los comentarios de un católico inglés hacia 1576:

«Tres veces por día, se acostumbra dar una señal o tocar para la oración: por la mañana, al mediodía y a la tarde, a fin de recordar a los cristianos que, si no pueden hacerlo más a menudo, deben orar por lo menos en estos tres momentos de la jornada, según lo que dice el salmo: "Por la tarde, a la mañana y al mediodía, mani-

festaré y pronunciaré tus alabanzas, y el Señor escuchará mi voz” [notemos, de paso, que el orden bíblico y judío es el mismo del desarrollo del *Angelus* (ver *Sal* 54,18)]. En primer lugar, por la mañana, al comienzo de la jornada, refiriendo sus futuras acciones a la gloria de Dios. Al mediodía, en medio de la jornada, refrescando su alma fatigada con alguna breve y concisa oración, así como uno restaura su cuerpo con el alimento. Por la tarde, haciendo un examen exacto de su alma, de todas sus acciones y de lo que ha cometido en este día. En estos tres momentos se saluda también a la bienaventurada Virgen María, a fin de que, por los grandes y bienaventurados acontecimientos que han marcado estas horas benditas y en los cuales ha participado María, ella se digno obtener misericordia para nosotros de su divino Hijo. Pues la campana de la mañana nos recuerda la resurrección de Cristo, quien vuelto a la vida y resucitado de entre los muertos, se apareció poco después a su santa Madre. La campana del mediodía nos recuerda la pasión de Cristo, a la que asistió la Virgen María. Y la campana de la tarde nos recuerda la Encarnación de Cristo en el seno de la Virgen».

Sin embargo en el siglo XIV se unió a la recitación de las *Ave Maria* tres versículos y sus respuestas: se los retoma por la mañana, al mediodía y a la tarde. Como ellos tienen relación con la Encarnación, podemos ver que ésta toma la delantera a la Pasión y a la Resurrección, que no se encuentran sino en la oración final. El mismo nombre de *Angelus* sustituye la antigua denominación del *Ave Maria* en el transcurso de este siglo XIV. San Pedro Canisio, que está enterrado en Friburgo, Suiza, donde murió, hizo mucho por la extensión del *Angelus* tal como nosotros lo conocemos, a través de la difusión de su *Manuale catholicorum* (*Manual de los católicos*, Anvers, 1588).

En primer lugar, habituémonos a rezar bien nuestro *Angelus*, sin prisa ni lentitud: pausadamente. A veces tenemos la impresión de que tenemos que correr para seguir el ritmo que imponen los toques, lo que hace desagradable la recitación. No se trata de una repetición machacona que conviene cumplir lo más rápido posible, lo que no tendría ningún interés, sino de colocar discretamente nuestros corazones en las disposiciones interiores de María frente a los misterios de nuestra salvación: una especie de mini-rosario, bien hecho, para volvernos acogedores, con Nuestra Señora y por su intercesión, de todas las formas que puede tomar la gracia de Dios en nuestras jornadas.

El ángel del Señor anuncia a María - Y ella concibe del Espíritu Santo

Todo comienza por una iniciativa divina. Con una infinita delicadeza, Dios, conforme a las costumbres orientales, envía un mensajero para pedir el consentimiento de aquella que debe convertirse en esposa y madre. *Todo don perfecto viene de lo alto y desciende del Padre de las luces*, escribe Santiago en su carta (1,17). Dios, el Padre, envía a Gabriel a anunciar a su Hijo, que se va a encarnar en el seno de María por obra del Espíritu Santo. Toda la Santísima Trinidad se anuncia a Nuestra Señora. Cada vez que retomamos esas palabras que abren el *Angelus*, nos ponemos en acto de adoración frente al Dios que tiene siempre la iniciativa del amor: *Él nos amó primero*, dice el Apóstol amado (1 Jn 4,19).

Por la mañana, al mediodía y por la tarde, Dios, en sus tres Personas, llama a la puerta de nuestro corazón, con la complicidad de nuestros Ángeles guardianes, para repetirnos los proyectos de su amor. Quizás lo escuchemos murmurar en nuestras profundidades: “Yo soy tuyo y para ti, me regocijo de ser lo que soy a fin de darme a ti y ser tuyo para siempre”. Declaración sorprendente que san Juan de la Cruz adjudica a Dios en *La llama de amor viva* (estrofa 2, verso 2). Dios que no tiene necesidad de nada ni de nadie, en la bienaventuranza de sus relaciones de amor, se felicita, no por él, sino por nosotros, de ser lo que es. Todos sus tesoros de amor se vuelcan hacia nosotros, para ser derramados, si lo queremos, en nuestros corazones.

Quizás percibimos también las palabras del *Cantar de los Cantares*: *Oigo a mi amado que llama: ¡Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi perfecta!* (5,2) ¿Terminaremos alguna vez de agradecer a Dios por las maravillas de su amor preveniente en cada hora del día? Él viene siempre y todos los días. ¿Sabremos escuchar la única Buena Noticia esperada por un corazón humano: nosotros somos amados infinitamente por nosotros mismos?

Tres veces por día, podemos preguntarnos si el Señor no se puede quejar de nosotros, como lo hizo de Israel en Isaías: *¿Por qué he venido sin encontrar a nadie? ¿Por qué he llamado sin que nadie responda?* (50,2).

He aquí la servidora del Señor - Hágase en mí según tu palabra

María ha abierto enseguida, se ha ofrecido totalmente a la iniciativa de amor de los Tres. Sin precipitación, pero con una discreción reflexiva, su personita se abre a todas las dimensiones de las maravillas de

amor, detalladas por Gabriel. Ella se repite la misma palabra de Dios a Sara: *¿Hay algo demasiado maravilloso para Yahvé?* (Gn 18,14). “Heme aquí” dice simplemente, y entra plenamente en el designio benevolente de la Trinidad.

El Padre la va a hacer Madre de su Hijo por la fecundación del Espíritu Santo. Los consentimientos de la amada del Cantar se elevan en su corazón e incluso en su cuerpo: *¡Levántate Aquilón, llégate Austro divino! ¡Sopla sobre mi jardín, que exhale sus perfumes!—¿No es ella llena de gracia?— ¡Que mi amado entre en su jardín, y que guste en él los frutos deliciosos!* (4,16).

Cuando retomamos las mismas palabras del consentimiento de María, a la aurora, al mediodía y al término de la jornada, nos hacemos más disponibles a la voluntad divina: He aquí a tu servidor (a tu servidora), Señor, yo consiento a tu palabra, tóname, recíbeme según tu palabra. *Padre mío, yo me abandono a ti, haz de mí lo que te agrade. Cualquier cosa que hagas de mí, yo te doy gracias. Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo, con tal de que tu voluntad se haga en mí, en todas tus criaturas, no deseo nada más, Dios mío.* La oración del Padre de Foucauld no es sino una variación del *Fiat* de María: no hay alegría ni paz durable sino en estas disposiciones. Necesitamos tiempo para ponernos en ellas. Podemos aprovechar de la segunda *Ave Maria* del *Angelus* para tallar nuestra alma a imagen de la de Nuestra Señora: a fuerza de repetir *Heme aquí* y *Fiat*, nuestro corazón termina por parecerse a nuestras palabras. Tengamos en nosotros los sentimientos que tuvo la Virgen María.

Y el Verbo se hizo carne -Y habitó entre nosotros

Cuando Dios dio el primer paso y la Virgen María le pisó los talones, se cumplió el misterio de la Encarnación. El Espíritu de amor infinito, que es el vínculo del Padre y del Hijo, que es su consentimiento mutuo personal, si puedo decirlo así, no encuentra ningún obstáculo en María: él realiza en su seno un misterio de amor entre el Padre del Hijo único y la Madre de Dios, entre la Madre y el Hijo. Desde que María se ha prestado a la obra de Dios en ella, el Hijo de Dios se convierte en su Hijo: ¿puede haber una forma más alta de *synergia* —u obra común— entre Dios y el hombre?

Después de su *Fiat*, el misterio se realiza en la “obumbración”³ del Espíritu; nuestra tierra ha dado su fruto. Nuestra tierra desposada puede cantar en María: *Mi amado ha descendido a su jardín, a los canteros perfumados,*

³ Obumbración: término místico. Acción de cubrir con una sombra.

para apacentar su rebaño en los jardines, para recoger azucenas. ¡Yo soy de mi amado y mi amado es mío! Él apacienta su rebaño entre azucenas (Ct 6,2-3).

El Verbo hecho carne, fruto de las entrañas de Nuestra Señora, es el resultado maravilloso de la perfecta adhesión de María a Dios. Cuanto más nos aproximamos nosotros mismos a las disposiciones de la Virgen Madre frente al designio de Dios sobre nosotros, más se cumplirá en nosotros y por medio de nosotros la obra de Dios: la palabra de Dios se encarnará en nuestra vida, y Dios habitará entre nosotros, él será nuestro Emmanuel. Nosotros experimentaremos la fecundidad del Verbo en nuestra carne, de aquel que recibimos en ella todos los días en la comunión: entraremos con María en el misterio de las obras maravillosas de Dios para el hombre y con él.

El *Angelus* como acción de gracias

Los toques repetidos del *Angelus* merecen nuestra amable atención: ellos cincelan nuestras almas a semejanza de la Inmaculada, de la Toda-Hermosa que ha agradado al Altísimo. Nuestras campanas cantan tres veces por día, en nuestras ciudades, nuestros campos y nuestros monasterios, las tres fases necesarias de nuestra salvación: la iniciativa divina, siempre presente, siempre ofrecida; el consentimiento que Dios solicita y obra en nosotros, si no le ponemos obstáculo; y finalmente, el fruto inefable de ese encuentro de amor: nuestra entrada en la filiación divina, gracias a aquella en quien se ha hecho la filiación humana del Verbo, pues ella ha recibido con todo su ser al Ángel enviado por Dios. Él nos ama (ver *Ap.* 1,5); ella dice sí; nosotros somos salvados.

El *Angelus*, como la Anunciación que condensa, abre la puerta a todos los misterios, incluso los luminosos, que el Santo Padre nos ha dado en su Carta apostólica *El Rosario de la Virgen María*; el *Angelus* nos pone en la disposición de vivir con María, la Bienaventurada por su fe y su humildad, todo el Misterio de Cristo, su Hijo, nuestro Señor; él “nos hace entrar en la revelación del Reino presente desde ahora en la persona de Jesús” (nº 21). La que ha concebido al Verbo en su carne nos hace entrar, tanto por el *Angelus* como por el Rosario, en la contemplación de Cristo. Ella hace de nosotros, tres veces por día, si queremos, hombres y mujeres “eucarísticos”, ya que la contemplación nos lleva a cantar la acción de gracias.

En su Carta encíclica *La Iglesia vive de la Eucaristía*, Juan Pablo II vincula la Anunciación y la Eucaristía:

“En cierto sentido, María ha practicado su fe eucarística antes incluso de la institución de la Eucaristía, por el hecho mismo de

haber ofrecido su seno virginal para la Encarnación del Verbo. La Eucaristía, mientras remite a la pasión y a la resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación. En la Anunciación, María concibió al Hijo de Dios, incluso en la realidad física de su cuerpo y de su sangre, anticipando en ella lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, bajo las especies del pan y del vino, el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Existe, pues, una analogía profunda entre el *Fiat* por el que María responde a las palabras del Ángel y el *Amén* que cada fiel pronuncia cuando recibe el Cuerpo del Señor” (n° 55).

Así podemos concluir el *Angelus* junto a la Virgen María, de manera contemplativa y eucarística, retomando la oración de la solemnidad de la Anunciación del Señor:

Derrama, Señor, tu gracia
en nuestros corazones,
y ya que hemos conocido
por el mensaje del Ángel
la Encarnación de tu Hijo Jesucristo,
condúcenos por su pasión y por su cruz
a la gloria de la resurrección.
Por Jesucristo nuestro Señor. *Amén.*

*Archevêché
24, rue Perchepinte
BP7208
31073 Toulouse Cedex 7
FRANCIA*